

ros romanos posibles; cuando terminó la primera parte, olía á difunto.

—¿Qué opina V.? Así, en conjunto...

—Opino que debe V. esperar, para publicar su *Requiem eterno*, alguna ocasión solemne... por ejemplo, sería de mucha actualidad en el día del juicio...

—Eso es muy tarde...

—Bueno, pues cuando se inaugure la Necrópolis...

—Señorito, el barbero espera en la antesala.

—Dígale V. que se vaya, que hoy ya me ha hecho la barba este caballero...



¡PASO!

Es terrible la vida del literato en Madrid. Entre el paseo de Recoletos y la calle del Arenal, entre el Ateneo y la Cervecería Inglesa, está toda la literatura madrileña; en cada esquina un novelista, ó un crítico, ó un orador, ó un poeta lírico, ó un autor dramático.

Tanta literatura ahoga.

Entra V. en un café, ¡qué atmósfera! Todo aquel humo ha salido de la cabeza de los cien ingenios que apuran alrededor de las mesas el único germen de inspiración que disfrutan, ¡el café!

Allí esta Fulanito, á quien V. ha dado un palo, —es la frase delicada que se usa; es el tropo insustituible,— le está mirando á V. con unos ojos que se lo comen. ¿Vé V. cómo muerde el cigarro? Pues

eso es un simulacro. Esos mordiscos son para usted. Se caería V. muerto á su lado y no le tendería una mano siquiera. Todo se le vuelve discurrir por qué le tendrá V. odio, mala voluntad. — ¿Será envidia? ¿Será venganza?

Todo se le ocurre menos pensar la verdad; que se le maltrata porque escribe muy malas comedias.

Cada paso es un tropiezo, un literato un enemigo. Todos nos conocemos y todos nos despellejamos; pero es por detrás. Solo V. que dice lo que siente en los periódicos es el procaz, el desvergonzado, el cruel, el mal amigo. ¿Quién no sabe que en cuanto sale del café, los compañeros le pulverizan, le arrojan toda la baba de la envidia ó de lo que sea?

Pero eso no se publica, y estos desinteresados Genios de la Carrera de San Jerónimo, lo que quieren es que el público no se entere de que son unos malos copleros.

*
*
*

Fernández Mengano ha hecho un drama; un crítico, su amigo, va y dice en el periódico de su jurisdicción, que Fernández Mengano es muy listo, pero no sabe escribir dramas, como no supieron, — que se sepa, — Confucio, Buda, Moisés, Zoroastro

y otras eminencias no menos talentudas que Fernández Mengano. Pero no, señor; él no pasa por eso. ¿Para qué sirve la amistad? Para decirle á uno que es digno émulo de Esquilo. Fernández encuentra, ó mejor, busca á su íntimo amigo y colega el crítico, y le pide cuentas de su conducta. ¿Cómo se entiende? ¿Conque yo no soy un gran dramaturgo? ¿Conque no tengo genio? ¿Conque el argumento es ridículo? Reniego de tu amistad, pues tal has dicho. ¡Cría cuervos! ¡cría cuervos!... y Fernández se va convencido de que se le ha hecho una traición porque no se le ha colocado por encima de Echeagaray; que después de todo, no ha quemado tanto incienso como él en las aras de la crítica.

Así entienden los Menganos de nuestra literatura la amistad, la crítica y sus respectivos deberes.

*
*
*

Los autores dramáticos de menor cuantía se han juntado en gremio. Toman un palco, ó se lo regalan, y van y aplauden necesariamente, como van á la mar los ríos, como cae la piedra; aplauden todo lo que se representa. *Do ut des, facio ut facias.*
Traducción libre: hoy por tí, mañana por mí.

El crítico les lleva la contraria, y ellos le llaman envidioso.

Efectivamente. Días atrás, el Sr. Bremón (Fernández) decía en *La Ilustración Española*: «¿Qué envidiarán ciertas gentes en el triunfo alcanzado en un teatrillo humilde por un pobre poeta novel? Pues por eso, Sr. Bremón, ¿qué se ha de envidiar en los triunfos encargados de esos teatrillos, donde no se sabe qué despreciar más, si la falta de arte del cómico ó la ineptitud del poeta?»

Por lo mismo que no hay nada que envidiar, no se envidia nada.

* * *

¿Le parece á V. que esto de decirle al lucero del alba las del barquero, lo hace uno por su gusto?

¡Vaya un gusto! Ir por la calle y pasar á la otra acera diciendo:—Huyamos; allí viene Pérez el silbado, que está resentido porque yo, fiel cronista, he dicho lo de la silba.—Y después pasar á la otra acera otra vez, porque enfrente se ve á Sánchez, que le niega á uno el saludo porque no se ha hablado de sus *poesías líricas*, de sus *Ecos del Abroñigal*, colección de poesías descriptivas!

Un poeta á quien se le ha pegado es peor que un

inglés; se huye de él y está en todas partes. Sobre todo, en las oficinas, en las comisiones, en los consejos, donde quiera que se despache ó no se despache algún expediente ó cosa así que le puede importar á V.

¡Oh, bien se vengan de los críticos, bien!

El crítico que dice la verdad no medra, como es natural. Y el poeta llega de redondilla en redondilla á jefe de negociado, á director, á diputado, á Ministro. ¡Y entonces es la suya!

La historia está llena de ejemplos de estas venganzas que quedan en la sombra.

Pero en fin, ¡que se venguen! pero que dejen el paso libre, que no se les encuentre en la calle, en el paseo, en el café, con esa cara de Banquo, con esa sonrisa sardónica que parece decir:

—¡Eh, eh! ¿con que no soy un génio? ¡Tú me las pagarás!

